



*Lemir* 16 (2012) - Textos:: 353-572

ISSN: 1579-735X

---

MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR

---

# NOVELAS AMOROSAS Y EJEMPLARES



---

Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

Osuna a ser Virrey. Y acomodándose con él para este pasaje, se partió dentro de cuatro días, dejando a don Juan muy triste y pesaroso de lo sucedido.

Llegó don Fadrique a Nápoles, y aunque salió de España con ánimo de ir a Sicilia, la belleza desta ciudad le hizo que se quedase en ella algún tiempo, donde le sucedieron varios y diversos casos, con los cuales confirmaba la opinión de [que] todas las mujeres que daban en discretas destruían con sus astucias la opinión de los hombres. En Nápoles tuvo una dama, que todas las veces que entraba su marido le hacía parecer una artesa arrimada a una pared. De Nápoles pasó a Roma, donde tuvo amistad con otra, que por su causa mató a su marido una noche y le llevó a cuestras metido en un costal a echarle<sup>129</sup> en el río. En estas y otras cosas gastó muchos años, habiendo pasado diez y seis que salió de su tierra. Pues como se hallase cansado de caminar y falto de dineros, pues apenas tenía los bastantes para volver a España, lo puso por obra.

Y como desembarcase en Barcelona, después de haber descansado algunos días e hecho cuenta con su bolsa, compró una mula para llegar a Granada, en que partió una mañana solo, por no haber ya posible para criado. Poco más habría caminado de cuatro leguas cuando pasando por un hermoso lugar, de quien era señor un duque catalán casado con una dama valenciana, el cual por ahorrar gastos estaba retirado en su tierra, al tiempo que don Fadrique pasó por este lugar, llevando propósito de seostar y comer en otro que estaba más adelante, estaba la Duquesa en un balcón, y como viese aquel caballero caminante pasar algo de priesa y reparase en su airoso talle, llamó un criado y le mandó que fuese tras él y de su parte le llamase. Pues como a don Fadrique le diesen este recaudo y siempre se preciase de cortés, y más con las damas, subió a ver qué le mandaba la hermosa Duquesa.

Ella le hizo sentar y preguntó con mucho agrado de dónde era y por qué caminaba tan apriesa, encareciendo el gusto que tendría en saberlo, porque desde que le había visto se había inclinado a amarle, y así, estaba determinada que fuese su convidado, porque el Duque estaba en caza. Don Fadrique, que no era nada corto, después de agradecerle la merced que le hacía le contó quién era y lo que le había sucedido en Granada, Sevilla, Madrid, Nápoles y Roma, con los demás sucesos de su vida, feneciendo la plática con decir que la falta de dinero y cansado de ver tierras le volvía a la suya con propósito de casarse, si hallase mujer a su gusto.

—¿Cómo ha de ser —dijo la Duquesa— la que ha de ser de vuestro gusto?

—Señora —dijo don Fadrique—: tengo más que medianamente lo que he menester para pasar la vida, y así, cuando la mujer que hubiera de ser mía no fuere muy rica, no me dará cuidado, como sea hermosa y bien nacida. Lo que más me agrada en las mujeres es la virtud; Ésa procuro; que los bienes de Fortuna Dios los da y los quita.

—Al fin —dijo la Duquesa—, si hallásedes mujer noble, hermosa, virtuosa y discreta, presto rindiérades el cuello al amable yugo del matrimonio.

—Yo os prometo, señora —dijo don Fadrique— que por lo que he visto y a mí me ha sucedido, vengo tan escarmentado de las astucias de las mujeres discretas que de mejor gana me dejaré vencer de una mujer necia, aunque sea fea, que no de las demás partes que decís. Si ha de ser discreta una mujer, no ha menester saber más que amar a su marido, guardarle su honor y criarle sus hijos, sin meterse en más bachillerías.

—Y ¿cómo —dijo la Duquesa— sabrá ser honrada la que no sabe en qué consiste el serlo? ¿No advertís que el necio peca y no sabe en qué, y siendo discreta sabrá guardarse de las ocasiones? Mala opinión es la vuestra; que a toda ley una mujer bien entendida es gusto para no olvidarse jamás, y alguna vez os acordaréis de mí. Mas, dejando esto aparte, yo estoy tan aficionada a vuestro talle y entendimiento que he de hacer por vos lo que jamás creí de mí.

Y diciendo esto se entró con él a su cámara, donde por más recato quiso comer con su huésped, de lo cual estaba él tan admirado que ninguno de los sucesos que había tenido le espantaba tanto. Después [de] haber comido y jugado un rato, convidándoles la soledad y el tiempo caloroso, pasaron con mucho gusto la siesta, tan enamorado don Fadrique de las gracias y hermosura de la Duquesa que ya se quedara de asiento en aquel lugar, si fuera cosa que sin escándalo lo pudiera hacer. Ya empezaba la noche a tender su manto sobre las gentes cuando llegó una criada y le dijo cómo el Duque era venido. No tuvo la Duquesa otro remedio sino abrir un escaparate dorado que estaba en la misma cuadra, en que se conservaban las aguas de olor, y entrarle dentro, y cerrando después con la llave, ella se recostó sobre la cama.

Entró el Duque, que era hombre<sup>130</sup> de más de cincuenta años, y como la vio en la cama le preguntó la causa. A lo cual la hermosa dama respondió que no había otra más de haber querido pasar la calurosa siesta con más silencio y reposo. Venía el Duque con alientos de cenar, y diciéndoselo a la Duquesa, pidieron que les trujesen la vianda allí donde estaban.<sup>131</sup> Y después de haber cenado con mucho espacio y gusto, la astuta Duquesa, deseosa de hacerle<sup>132</sup> una burla a su concertado amante, le dijo al Duque si se atrevía a decir cuántas cosas se hacían del hierro, y respondiendo que sí, finalmente, entre la porfía del sí y no, apostaron entre los dos cien escudos. Y tomando el Duque la pluma, empezó a escribir todas cuantas cosas se pueden hacer del hierro, y fue su ventura de la Duquesa tan buena para lograr su deseo, que jamás el Duque se acordó de las llaves. La Duquesa que vio este descuido, y que el Duque, aunque ella le decía mirase si había más, se afirmaba no hacerse más cosas, logró en esto su esperanza, y poniendo la mano sobre el papel, le dijo:<sup>133</sup>

—Ahora, señor, mientras se os acuerda si hay más que decir, os he de contar un cuento el más donoso que habréis oído en vuestra vida. Estando hoy en esa ventana pasó un caballero forastero, el más galán que mis ojos vieron, el cual iba tan depriesa que me dio deseo de hablarle y saber la causa. Llamele y, venido, le pregunté quién era: díjome que era granadino, y que salió de su tierra por un suceso, que es éste —y contole cuanto don Fadrique la había dicho y lo que le había pasado en las tierras que había estado—, feneciendo la plática con decirme que se iba a casar a su tierra si hallase una mujer boba, porque venía escarmentado de las discretas. Yo después de haberle persuadido a dejar tal propósito, y él dádome bastantes causas para disculpar su opinión, pardiez, señor, que comió conmigo y durmió la siesta. Y como me entraron a decir que veníades, le metí en ese cajón en que se ponen las aguas destiladas.

1 Alborotose el Duque, empezando a pedir apriesa las llaves. A lo que respondió la Duquesa con mucha risa:

—¡Paso, señor, paso! Que esas son las que se os olvidan de decir que se hacen del hierro, que lo demás fuera inorancia vuestra creer que había de haber hombre que tales sucesos le hubiesen pasado, ni mujer que tal dijese a su marido. El cuento ha sido por que os acordéis, y así, pues habéis perdido, dadme luego el dinero; que en verdad que lo he de emplear en una gala, para que lo que os ha costado tanto susto y a mí tal artificio luzga como es razón.

2 —¡Hay tal cosa! —respondió el Duque— Demonios sois. ¡Miren por qué modo me ha advertido en mi olvido! Yo me doy por vencido —y volviendo al tesorero, que estaba delante, le mandó que diese luego a la Duquesa los cien escudos.

4 Con esto se salió fuera a recibir algunos de sus vasallos que venían a verle y saber cómo le había ido en la caza. Entonces la Duquesa, sacando a don Fadrique de su encerramiento (que estaba temblando la temeraria locura de la Duquesa), le dio los cien escudos ganados y otros ciento suyos y una cadena con un retrato suyo, y abrazándole y pidiéndole la escribiese, le mandó sacar por una puerta falsa; que cuando don Fadrique se vio en la calle no acababa de hacerse cruces de tal suceso. No quiso quedar aquella noche en el lugar, sino pasar a otro dos leguas más adelante, donde había determinado ir a comer si no le hubiera sucedido lo que se ha dicho. Iba por el camino admirando el astucia y temeridad de la Duquesa, con la llaneza y buena condición del Duque, y decía entre sí:

1 —¡Bien digo yo que a las mujeres el saber las daña! Si ésta no se fiara en su entendimiento no se atreviera a agraviar a su marido, ni a decírselo. Yo me libraré desto si puedo, o no casándome o buscando una mujer tan inocente que no sepa amar ni aborrecer.

3 Con estos pensamientos entretuvo el camino hasta Madrid, donde vio a su primo don Juan ya heredado, por muerte de su padre, y casado con su prima, de quien supo cómo Violante se había casado y doña Ana ídose con su marido a las Indias. De Madrid partió [a] Granada, en la cual fue recibido como hijo, y no de los menos ilustres della. Fuese en casa de su tía, de la cual fue recibido con mil caricias. Supo todo lo sucedido en su ausencia: la religión de Serafina, su penitente vida (tanto que todos la tenían por una santa), la muerte de don Vicente, de melancolía de verla religiosa. Arrepentido del desamor que con ella tuvo, debiéndole la prenda mejor de su honor, había procurado sacarla del convento y casarse con ella, y visto que Serafina se determinó a no hacerlo, en cinco días, ayudado de un tabardillo, había pagado con la vida su ingratitud.<sup>134</sup>

Y sabiendo que doña Gracia, la niña que dejó en guarda a su tía, estaba en un convento antes que tuviera cuatro años, y que tenía entonces diez y seis, la fue a ver otro día acompañando a su tía, donde en doña Gracia halló la imagen de un ángel: tanta era su hermosura, y al paso<sup>135</sup> della su inocencia y simplicidad, tanto que parecía figura hermosa, mas sin alma. Y en fin, en su plática y descuido conoció don Fadrique haber hallado el mismo sujeto que buscaba. Aficionado en extremo de la hermosa Gracia, y más por parecerse mucho a Serafina su madre, dio parte dello a su tía, la cual desengañada de que no era su hija,<sup>136</sup> como había pensado, aprobó la elección. Tomó Gracia esta ventura como quien no